

'Jihad' vs. 'McWorld'

Vivimos una guerra entre fundamentalismo neoliberal y religioso



TONI COMÍN

Los ataques a las "fuerzas ocupantes" proliferan en Irak. Los Estados Unidos no han ratificado a lo largo de la ocupación de Irak aquello que parecían haber demostrado durante la guerra: que son un imperio global sin rival, que puede actuar unilateralmente sin miedo a que nadie, ya sea la ONU, la Unión Europea, China o Rusia, pueda frenar sus planes por injustos que sean. Ahora los hechos parecen indicar otra cosa: los Estados Unidos tienen fuerza militar suficiente para hacer ganar la guerra, pero ni siquiera una capacidad militar y económica como la suya es suficiente para gobernar con éxito la posguerra. ¿Será que en nuestro mundo interdependiente ningún imperio, por poderoso que sea, puede imponer de manera sostenida su voluntad? ¿Son los Estados Unidos el último imperio, simplemente porque la época de los imperios es ya materialmente imposible?

Muchos creyeron que el 11-S confirmaba los pronósticos de Samuel Huntington sobre el choque de civilizaciones. Occidente contra Oriente. O —caricaturizando— el mundo libre, democrático, próspero y moderno, contra las sociedades que basan su modernización en un rechazo a Occidente que acaba siendo un rechazo a la democracia. Léase mundo islámico o China. Pero no es cierto: el 11-S y la guerra de Irak no confirman este análisis, sino otro muy distinto, el del también norteamericano Benjamin Barber. Barber propuso a inicios de los noventa un lúcido diagnóstico de los conflictos culturales de hoy, según el cual estamos asistiendo a una pugna entre dos fundamentalismos incompatibles entre sí e igualmente peligrosos para la construcción de un mundo humano: el fundamentalismo neoliberal de mercado y los fundamentalismos religiosos, culturales o nacionalistas de todo tipo.

Para Barber estamos ante el choque entre la "cultura McWorld" y la "cultura Jihad". "McWorld" es la cultura del materialismo capitalista y la fugacidad consumista, que tiene como icono las marcas universales como Nike y los McDonalds como templo de referencia, y que usa los mercados globales y los *media* como su palanca para la estandarización de los gustos y de los estilos de vida.

"Jihad" simboliza los movimientos de raíz religiosa, nacionalista o cultural que, reaccionando defensivamente ante el huracán globalizador, se encierran en el integrismo. El fundamentalismo islámico es un ejemplo, pero no el único. Contra la integración (capitalista) y la homogeneización, oponen la lógica de la fragmentación y el particularismo identitario de una comunidad cerrada. La "cultura Jihad" menosprecia la libertad y los derechos cívicos, que son el pilar básico de la democracia; pero "McWorld" desprecia la dimensión solidaria de la libertad, y a la lógica colectiva de la ciudadanía opone la lógica individualista del consumidor. La democracia es la víctima común de estos dos enemigos que, al tiempo que se combaten, se retroalimentan.

Desde hace dos años, estos dos enemigos se han militarizado. Los fundamentalismos, sirva Al Qaeda como ejemplo, han saltado en algunos casos al terrorismo, como estrategia para manifestar su rechazo al dominio de Occidente. El Occidente menos lúcido, con los Estados Unidos a la cabeza, ha saltado, a su tiempo, al imperialismo militar puro y duro. Jihad convertida en resistencia terrorista y McWorld en imperio. La guerra de Irak escenifica este choque. Sólo la "vieja Europa", depositaria de la memoria de la última guerra mundial, ha tenido la lucidez suficiente para sustraerse a esta dinámica demoníaca.

Hoy es necesario encontrar una democracia que sea capaz, primero, de hacer de los mercados agentes de prosperidad, sin que nos arrastren a la vacía cultura materialista, que ahoga la identidad en los cenagales del consumismo. Y, luego, de reconocer la necesidad de identidades que proporcionen raíces simbólicas a una sociedades en modernización perpetua siempre a riesgo de quedar sin alma, pero sin por ello asesinar el pluralismo y la convivencia. ¿Podemos desde Europa reconstruir una democracia así, que haga del 11-S y de la guerra de Irak los episodios trágicos de nuestro pasado y no los precedentes de nuestro futuro? ¿No será el Mediterráneo, quizá, el lugar privilegiado para un encuentro de civilizaciones, donde el progreso económico y la identidad cultural no sean sino los fundamentos para una ciudadanía compartida? □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE

Telediarios



ROSARIO BOFILL

Me pregunto por qué los telediarios se han convertido en algo así como aquella revista que se llamaba *El Caso*. Dan una gran importancia a asesinatos, secuestros y venganzas con toda clase denuncias, declaraciones, juicios, rastreos..., y las noticias de esta índole se pueden prolongar durante varios días con nuevos capítulos, en general con imágenes repetidas.

Lo que me gustaba de los telediarios eran las noticias no sólo políticas y sociales de España, sino las noticias del mundo. Tener una visión de conjunto si no te ha dado tiempo de leer los periódicos por la mañana. Y ver las imágenes. Ahora para saber lo que pasa más allá de nuestras fronteras hay que recurrir a otros programas. Los telediarios cada vez tienen menos interés. Con excepción, en general, del telediario de la 2. ¿Es esta la función de los telediarios, la de informarnos de casos particulares más o menos escabrosos? Añadamos que se dedican a los deportes unos veinte minutos o más, sazonados con entrevistas a esos muchachos que puede que sepan darle muy bien al balón pero que hablar en público no es lo suyo.

Total que para saber algo de lo que ocurre en el mundo hay que hacer *zapping* a dos o tres telediarios de distintas cadenas y aún así al final te enteras de una milésima parte, y sesgada, claro, de lo que ocurre en otros países. Y no es que se diferencien mucho unas cadenas de otras...

El otro gran componente de la tele son los partidos de fútbol. Los que vivimos los tiempos de Franco nos decíamos que cuando él muriera no se daría tanta importancia al fútbol, que aquello era, entonces, como una válvula de escape y por ello se fomentaba. Pues no: ahora hay más fútbol que antes. Con más violencia y más tapujos. Los que no somos amantes del fútbol vamos aviados.

Tal vez para no fastidiarnos más con tantos sucesos y tanto deporte, podrían hacer un índice al empezar el telediario. Y explicarnos en qué orden y cuánto tiempo piensan dedicar a los distintos espacios. Seguro que con quince minutos ya tendríamos bastante, al menos yo. □

LA ESQUINA